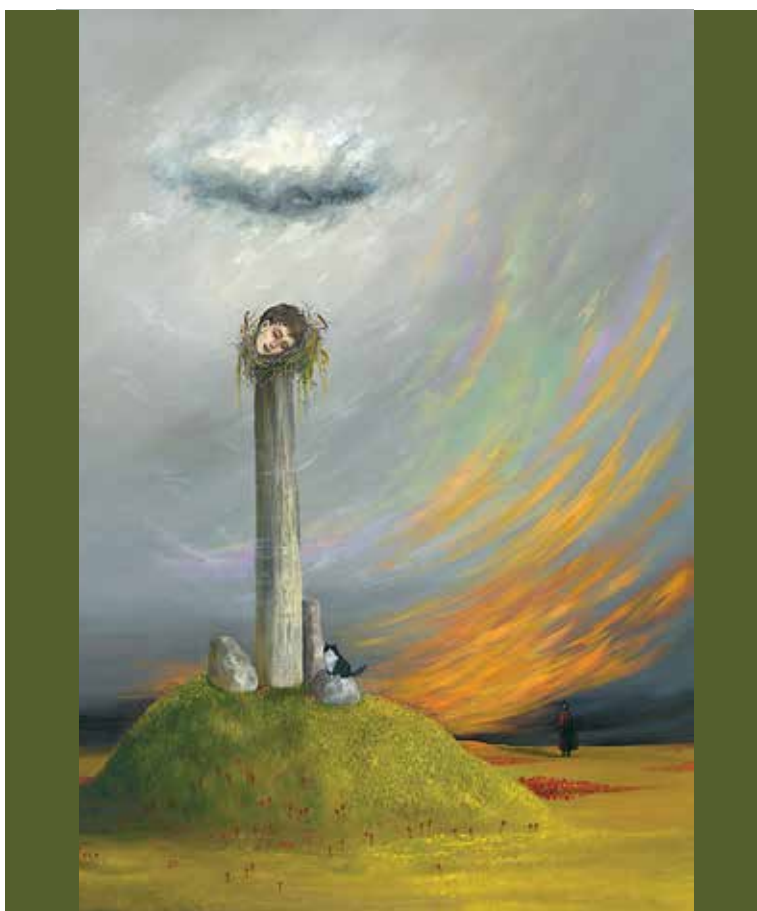


MARÍA DE JORGE ISAACS, CUMPLE 150 AÑOS

Vicente Francisco Torres*



La luz del norte, Lucía Maya

Algo tiene esa vituperada obra que no sólo ha recibido comentarios, sino relecturas de escritores tan connotados como Alfonso Reyes, Gabriel García Márquez y Jorge Luis Borges, quien fue el más contundente en la reivindicación de esa obra que le valió a su autor el calificativo de “Caballero de las Lágrimas”.

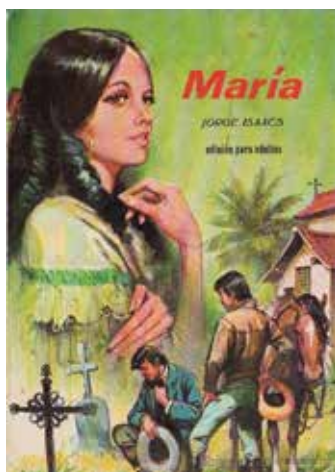
Este año 2017 los colombianos están de fiesta. Congresos, números monográficos de revistas, conferencias y tertulias giran alrededor de la celebración de los 150 años de *María*. En ella se cumple el inescrutable destino de la fama que llega a un escritor con una sola novela publicada.¹ Esto sucede también con *La vorágine*, de José Eustasio Rivera.

Las líneas que siguen son parte de un trabajo en que indago la naturaleza de la narrativa que, en América Latina, se escribió sobre la selva.

María sigue siendo una de las novelas más leídas de nuestro idioma. En 1967, a un siglo de su publicación, el profesor norteamericano Donald McGrady tenía documentadas más de 150 ediciones en español, incluyendo una mexicana que, para el Fondo de Cultura Económica, prologó Enrique Anderson Imbert en 1951.

Algo tiene esa vituperada obra que no sólo ha recibido comentarios, sino relecturas de escritores tan connotados como Alfonso Reyes, Gabriel García Márquez y Jorge Luis Borges, quien fue el más contundente en la reivindicación de esa obra que le valió a su autor el calificativo de “Caballero de las Lágrimas”. Escribió Borges: “oigo innumerablemente decir: ‘ya nadie puede tolerar la *María* de Jorge Isaacs; ya nadie es tan romántico, tan

ingenuo...! Ayer, el día veinticuatro de abril de 1937, de dos y cuarto de la tarde a nueve menos diez de la noche, la novela *María* era muy legible".² Y aquí, junto a la voz de Borges, bueno es recordar que el mismísimo Rubén Darío, en un artículo publicado en 1919, se refería a esta obra de Isaacs como una de las dos mejores novelas hispanoamericanas. La otra era *La gloria de Don Ramiro*, de Enrique Larreta, el modernista argentino que por obvias razones era admirado por el poeta nicaragüense.



María es una historia de amor trágico que tiene como escenario la feraz tierra colombiana que veía transcurrir sobre sus gramales una vida ordenada y patriarcal en donde la esclavitud, más que ser un hecho doloroso, remitía a una jerarquización social generosa que no había sido invadida por el tropel de la tecnología en que iba a cabalgar más tarde el capitalismo salvaje. Los platanares y los ingenios, que no conocían más luz que la del sol, la luna y los cirios, no eran fuente de inhumana explotación, sino parte de un paisaje bucólico que incluía riachuelos, haciendas, valles y serranías. Era un mundo virginal en el que la vegetación de las riberas del río Dagua era designada, indistintamente, como bosque y como selva.

María no es sólo una novela de amor y una obra telúrica poblada de osos, tigres y de las más rudas voces de instrumentos como el carángano y la marimba; fue una de las primeras que en América supieron establecer correspondencia entre la naturaleza y el estado anímico de sus hombres y mujeres. Fue también un ejemplo de cómo las influencias de la literatura europea —en este caso *Atala* y *Pablo* y *Virginia*— pueden alimentar una obra vigorosamente original que resiste el paso del tiempo gracias a su bien urdida trama y a la dosificación de sentimientos y emociones.

Jorge Isaacs, poeta y autor de una sola novela que le dio fama universal, tuvo la fortuna de escribir una historia que hizo llorar a lectores de las más diversas lenguas. No obstante, aunque conoció la fama nacional, su vida transcurrió entre todo tipo de calamidades, desde la pérdida de las haciendas que recibió ya hipotecadas por la inclina-

Los platanares y los ingenios, que no conocían más luz que la del sol, la luna y los cirios, no eran fuente de inhumana explotación, sino parte de un paisaje bucólico que incluía riachuelos, haciendas, valles y serranías.

ción al juego que padeció su padre, hasta su accidentada carrera de combatiente, funcionario de educación y político. Si la vida fue esquiva con él, sus editores no lo fueron menos. Hoy es célebre una anécdota: en 1889, en un momento de miseria desesperada, Isaacs le escribe a Justo Sierra para que intercediese ante la editora Aguilar e Hijos, que había hecho varias ediciones de la obra y sólo le había enviado cien ejemplares, para que le retribuyeran algo de las ganancias. Pero las gestiones no tuvieron éxito y Jorge Isaacs debió llorar como lo habían hecho sus miles de lectores.

Paradojas de la vida y de la literatura: cuando Isaacs, para torear la pobreza, tuvo que aceptar un empleo de inspector en la carretera que uniría Cali con el puerto de Buenaventura, enfermó del paludismo que minaría para siempre su salud. Precisamente en esos días y esas noches que pasó en medio de aquella exuberante vegetación, a orillas del río Dagua que inmortalizaría en su novela, fue donde empezó a escribir *María*. Pero no pintó la selva como un infierno verde, sino la dio eglógica porque, como bien apuntó Alberto Zum Felde, su actitud era romántica, es decir, miraba con los ojos del ensueño. Aquel paisaje feraz, hoy atravesado por túneles en las entrañas de los montes,

no deja de ser uno de los atractivos que ofrece la lectura de la novela que pintó un mundo preindustrial.

Mucho se ha señalado la semejanza argumental entre *Pablo* y *Virginia* y la novela de Isaacs; incluso alguien afirmó que se destaca el abandono del judaísmo del padre de María porque en *El genio del cristianismo* Chateaubriand le atribuía a esa fe valores estéticos. Pero hay un elemento fundamental que le da su dimensión a *María*: mientras los novelistas europeos pintaron una América ideal, Jorge Isaacs la pintó concreta, vegetal, contribuyendo así a una expresión autóctona que venía buscándose desde la literatura colonial:

Fueron fundamentales estos dos autores fran-

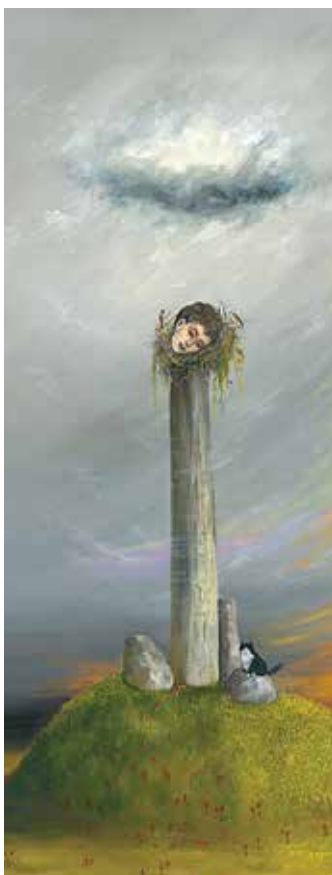
ceses [Chateaubriand y Saint Pierre] quienes enseñaron a los hispanoamericanos la belleza de su tierra. En América, el paisaje exótico deja de serlo para convertirse en terruño; en Isaacs la naturaleza tropical sin estridencias de sonido y color ingresa descrita minuciosamente y valorizada en todos sus aspectos. Árboles, perfumes, flores y animales son el marco sensible de la novela y la sinceridad de la emoción con que aparecen, unida a la capacidad expresiva del autor —quien llega a convertirla en personaje fundamental—, hacen de ella uno de los fuertes pilares de su perduración.³

Lydia de León Hazera afirma que *María* es la primera novela de la selva latinoamericana, pero sus escenarios no son selváticos. En el desafortunado viaje que Efraín emprende desde el puerto de Buenaventura hasta Cali, la selva es una referencia lejana que sirve para anticipar la tragedia que dará final a la novela: “La luna, grande y en su plenitud, descendía ya al ocaso, y al aparecer bajo las negras nubes que la habían ocultado, bañó las selvas distantes, los manglares de las riberas y la mar tersa y callada con resplandores trémulos y rojizos, como los que esparcen los blandones de un féretro sobre el pavimento de mármol y los muros de una sala mortuoria”⁴

De León Hazera lo dijo con exactitud, atemperando su apunte inicial: “La futura Novela de la Selva se asoma en potencia brevemente, pero no se concibe todavía la selva totalmente devoradora de la voluntad humana de *La vorágine* y de otras obras posteriores que continuarán esta misma perspectiva”⁵

En un libro cuyo título es elocuente, François Perus coincide con el papel precursor que De León Hazera le atribuye a la novela de Isaacs:

Las cuatro novelas seleccionadas [*María*, *La vorágine*, *Mamita Yunai* y *Los pasos perdidos*] tenían además en común, al menos las tres últimas, su estrecho vínculo con el tema del viaje a la selva, muy recurrente en la narrativa his-



Luz del norte (detalle), Lucía Maya

panoamericana hasta hoy. Aunque, al menos a primera vista, éste no fuera el caso de la novela de Jorge Isaacs, nos parecía que el tema no estaba por completo ausente de ella, e incluso que se podrían encontrar algunos rastros de su aparición en los márgenes del texto (...). Lo mismo puede decirse de los espacios geográficos y culturales que de una u otra forma dan cuenta de la existencia de un “exterior” más allá de los límites del valle y “El Paraíso”: ni el espacio urbano (Bogotá), ni el espacio cosmopolita (Londres) y ni siquiera la selva colombiana de auténticos conflictos en los que pudiera detenerse la atención del narrador.⁶

Según las citas precedentes, tomadas de dos libros dedicados centralmente al tema de la novela de la selva en nuestro continente, queda establecido el papel precursor de *María* en

este rubro, mas no se la ubica como parte de ese magma narrativo que tantas novelas vigorosas produjo en nuestras letras.

*Docente-investigador de la UAM-Azcapotzalco y Jefe del Área de Literatura. Es investigador nacional. Entre sus libros: *La novela bolero latinoamericana*, *Muertos de papel* y *Yo no olvido al año viejo*.

¹ El resto de su obra, designada como *Poesías completas*, se encuentra en la edición de *María* que preparó la argentina Editorial Tor (s. f.). Es un conjunto de 54 poemas paisajísticos que celebran la flora y la fauna colombianas, amén de recuerdos de episodios nacionales. “Isaacs se consagra así como poeta y la poesía fue el género que cultivó hasta su muerte, es decir, durante más de cuarenta años; sin embargo, su nombre está ligado hoy al de su única novela publicada. En verdad, salvo en algunas composiciones escritas en la madurez y temprana ancianidad, y quizá la famosa “Río Moro” de esta primera época, su obra poética no alcanza la perfección de *María*. Mucha de su poesía juvenil es perfectamente olvidable y carece en general de lirismo y hondura”. Vid., Susana Zanetti, *Jorge Isaacs*. Centro Editor de América Latina (Enciclopedia Literaria), Buenos Aires, 1967, p. 24.

² Germán Arciniegas et al., *A propósito de Jorge Isaacs y su obra*. Norma, Bogotá, 1990, p. 80.

³ Zanetti, op. cit., p. 32.

⁴ Jorge Isaacs, *María*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1975, p. 296.

⁵ Lydia de León Hazera, *La novela de la selva Hispanoamericana. Nacimiento, desarrollo y transformación. Estudio estilístico*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1971, p. 43.

⁶ François Perus, *De selvas y selváticos. Ficción autobiográfica y poética narrativa en Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera*. Plaza y Janés/Universidad de los Andes, Bogotá, 1998.